

## 9

A las once salimos hacia la cafetería, pronto vimos aparecer a la chica. Tenía el pelo negro y brillaba bajo el sol de una manera increíble. De cuerpo era delgada pero tenía curvas, mediría más o menos uno sesenta y cinco y se movía con gracia. Llevaba puesta una cazadora de esquiar, pantalones negros de snowboard y unas botas de nieve blancas con remaches negros. La muchacha levantó un brazo y Wolf hizo lo mismo, la vi sonreír.

Sus dientes eran blancos pero los tenía un poco mal cuidados.

—Wolf ¿verdad?

—Sí, el mismo que viste y calza.

Le estrechó la mano cual marinero a Wolf, por poco se la parte en dos. De cerca era más guapa todavía, sus ojos eran azul claro y su nariz era perfecta, los labios finos y muy atractivos.

— ¿Tomamos un café? —Le preguntó Wolf cual gentleman.

—Claro.

El acento de la chica me enamoró nada más oírlo.

— ¿Hace cuanto que vives aquí? —Le sonsacó Wolf, no quería ir al grano.

—Llegué hace cuatro meses, encontré un trabajo de lo mío.

— ¿Lo tuyo? —Preguntó Tom y ella le miró con una ceja levantada— ¡Huy! Perdón. Tom O'Hara.

—Marizza —sonrió—. Soy decoradora de interiores, ahora seguramente tendré más trabajo. Tendría que haber pensado y estudiado a dónde venía antes de emigrar.

—Es un buen consejo —comentó Wolf.

—Pero yo no lo seguí y de pronto me vi en Nochebuena durmiendo en la calle.

— ¿Y lo dice una italiana? Vosotros tenéis el *Vesubio*.

—Soy de Milán y algún terremoto he vivido. Pero no eran ni la mitad de este.

¡Qué grata sorpresa! Una mujer de Milán agradable.

— ¿En dónde os resguardasteis? —Le pregunté.

—El nueve nos cogió cuando regresábamos a Little Italy, el conductor del autobús abandonó el barco y un chico rubio nos gritó que fuéramos al refugio. Corrimos como pudimos, creo que estaba por ahí.

Señaló a dónde estaba el polideportivo, recordé la chica que lloraba y a la que calmé. Como estaba todo a oscuras no la pude ver con claridad pero sabía que era ella.

—Tú estabas en el refugio ¿verdad? —Le dijo a Tom.

—No, yo llegué hace tres meses.

—Yo sí... Me acuerdo de ti, estabas asustadísima y te pedí que respirases tres veces para que te calmaras.

—Es verdad, lo recuerdo.

Según ella no tenía ni zorra idea de lo que hacía su hermano en aquella casa, nos contó que se había ido de Milán por él ya que andaba con malas compañías, «cosas de drogas», expresó con una sonrisa mal disimulada.

—Resumiendo, no sabías nada de que hacía tu hermano ahí ¿no?

—Exactamente, ni idea. —Miró el reloj—. Bueno, ha sido una velada agradable y anecdótica, tengo que ir al hospital a ver cómo está Seth, si quieres algo ya sabes mi número.

—Claro, *ciao bella*.

—*Ciao*. —Rió mientras se iba caminando.

Cuando la chica se fue, el móvil de Wolf sonó.

—Bueno chicos, nos tenemos que ir.

—Hasta luego.

A la cafetería entró el comisario, Jack McDonelli, un tipo tan alto como Getxa y tenía el pelo cano desde hacía varios años, tenía apariencia de haber sido boxeador pero nunca se lo había podido preguntar, nuestra relación sólo era laboral. Tenía cincuenta y nueve años, y era de Cork.

— ¿Estáis bien? —nos preguntó cuando se acercó a la barra.

—No se está mal aquí —sonreí y me levanté— Ahora vengo.

Cuando salí del baño mi móvil empezó a sonar y lo cogí al tercer toque. Era mi enfermera del hospital de día, con todo el lío del terremoto lo que tenía que hacer era ayudar a la gente que realmente lo necesitaba, no obligar a las personas a hacer lo que no quieren que les hagan.

—... lo que pasa es que no estoy en la ciudad, estoy en Saitama —salí a fuera de la cafetería—. No quiero más de esa mierda y tú lo sabes.

Tras discutir varios minutos decidí que hiciera conmigo sus estúpidos experimentos. Pensé en Josh y en la excusa que pondría el día siguiente cuando llegara a casa pálido como un muerto y vomitando hasta el agua que bebiera además de tiritar y tener casi cuarenta de fiebre.

Me hace gracia eso de «el paciente decide», una mierda, a mi me obligaban y si me negaba me decían eso de «pues te morirás antes» pues tú también morirás algún día, gilipollas.

A la mañana siguiente bajé hasta la parada del autobús y cogí el temido L13 que a esas horas iba vacío, pagué el billete y senté el culo en una dura silla de plástico resbaladizo. Sólo una persona se subió en todo el trayecto, sus grandes ojeras le delataban.

Miré el contenido de la bandolera, bien, llevaba el MP4, unos grandes auriculares y una novela que hacía siglos que estaba ahí pero era incapaz de leerla. El bus paró en nuestra parada y nos bajamos.

Entré por la puerta principal, giré hacia la derecha y sentí como se me aceleraba el corazón cuando entré a Consultas Externas. Pronto vi a mi amor platónico, Clarice Donegal. Era una bella mujer de pelo rubio y rizado, cuerpo atlético y tres años menos que yo. La saludé como es debido.

— ¿Han parado ya de chillar los corderos, Clarice? —Chasquéé la lengua al más puro estilo *Hannibal Lecter*.

—No, creo que no.

Me abrazó. Es lo que tiene llevar más de cuatro años viniendo dos o tres veces cada dos meses, se hacen amistades dónde menos te lo esperas.

La acompañé a través de varias salas hasta llegar a la mía. Un hombre leía un periódico, un chico joven escuchaba música y una mujer echaba una cabezadita. Allí no se escuchaba ningún sonido, solo el de nuestras respiraciones.

Acomodé mis posaderas en la espuma del sillón y mi cuerpo cayó por su propio peso. Una chica me conectó las bolsas del suero de la muerte o mal llamado quimioterapia al Port A Cath que llevaba incrustado en la clavícula. No es molesto para nada pero saber que tengo eso me produce escalofríos sólo de pensarlo.

Me acomodé mejor mientras la mujer me ponía este inocuo medicamento contra los vómitos que no hacía prácticamente nada y luego la mujer puso las diversas bolsas, aquello parecía el arco iris y yo el leprechaun de la caldera de oro, sólo que en este cuento el duende tenía cáncer.

Bob Marley sonaba acompañado de sus bongos y sonidos jamaicanos, me imaginé que estaba acostado en la playa con un coctel de frutas en la mano. Movía el pie derecho —el que tenía flojo— al son de la música y desde mi posición la puesta de sol era increíble. Las enfermeras no me dejaban quedarme dormido con tanto correteo.

En un momento determinado me quité los cascos y oí toser a una mujer que estaba a mi lado, tosía como un carretón con ese ruido sordo de pulmones destrozados por la enfermedad. Metí la mano en la bandolera que estaba en el suelo y saqué mis pastillas contra la tos, cogí una y levantando un poco la cortina se la di.

—Gracias. —Dijo entre toses.

Meneé la cabeza pensando en lo injusto que es el mundo.

Estando allí acostado la cosa empezó a ponerse peligrosa, noté como me subía la fiebre y las nauseas eran mucho peores. Casi no me dio tiempo a coger una bolsa de papel, eso fue lo que me condenó a quedarme cinco o seis horas más tumbado en una cama de hospital echando las tripas cada dos por tres y medicado hasta los huevos.

Como dice la canción de Coldplay: viva la vida. Por lo menos tuvieron la decencia de ponerme en una habitación individual, pasadas tres horas estaba harto de los dolores, de las nauseas, de vomitar, de la fiebre... y del inocuo medicamento contra la indigestión.

Es un malestar que no se puede equiparar a nada, el que haya sufrido en sus carnes la Tortura Química sabrá de lo que hablo. Gracias a Dios a las nueve estaba casi recuperado, saqué el móvil y llamé a mi mejor amiga: Gladis, una guapa maquilladora que conocí cuando acudí en su ayuda para atrapar a su ex novio medio psicópata que la llamaba a las cinco de la mañana, la esperaba en su coche al más puro estilo de las películas de Hollywood y una vez le cortó el cable del teléfono y la luz.

Ella me hizo unas “cejas” usando mi propio pelo cuando me lo cortó. Se presentó en el hospital demasiado rápido, me acicaló la cara todo lo bien que pudo y hasta me echó unas gotas para los ojos. ¿Cómo me iba a presentar en casa con esas ojeras o la piel tan asquerosamente pálida?

—Seguro que soy el único que hace esto ¿no?

—No, alguna vez lo he hecho. ¿Estás mejor?

—Sí, ya me voy a casa. Odio estar aquí...

—Yo también odio los hospitales, el olor es horrible.

Gracias a Dios que yo no tengo el sentido del olfato pero la gente siempre se queja de lo “raro que huele” el hospital.

Un tanto para Glenn O’Hara.

Me llevó en su vehículo hasta casa, tuvo que parar dos veces pero fueron falsas alarmas. Paró a la puerta y me miró.

—Muchas gracias, no sé qué haría sin ti —me giré y le di una palmada en el hombro.

—Ya sabes que me tienes para lo que quieras —dijo ruborizándose un poco.

Abrí la puerta y salí. Me volví.

—Nos vemos. —Sonreí.

—Adiós.

Saqué las llaves y al entrar escuché la voz de Getxa y la de Wolf.

—Yo sólo sé que no sé nada —oí decir a der Kaiser.

—Que filosófico —comentó Getxa con sorna.

El Vasco me miró.

—Menuda cara tienes —y añadió—: ¿Estás bien?

—Sí, de puta madre. Os dije que iba a tardar un poco.

Josh me miró de soslayo.

— ¿Qué tal con tu novia?

— ¿Qué? Yo no tengo de eso.

— ¿Y esa tía? Menuda chica guapa te has echado —comentó levantando las cejas, divertido.

—Metete en tus asuntos...

Mi Sombra me miró, también con ese deje jovial.

—No, no tengo novia. ¿Tú tienes? —Le pregunté a Tom.

—No, claro que no. Ven a sentarte, estamos hablando de suicidios.

Me senté y Getxa me dio una carpeta con la ficha de los chicos de la casa. Abría la primera.

### **Datos personales**

<b>Nombre</b>	Bernard Murphy
<b>Edad</b>	22
<b>Nacionalidad</b>	Irlandesa
<b>Causa de la muerte</b>	Suicidio

### **Detalles**

Fue encontrado sentado en una butaca en el salón por los agentes John MacDonald y Oscar Murphy, alertados por una llamada realizada a la comisaría central del Irish Port dónde una mujer se quejaba de un fuerte olor a podredumbre que procedía de la casa.

### **Pruebas en la escena**

- Escopeta Benelli Vinci calibre 12/76
- 2 casquillos de escopeta cerca del salón dónde se encontraba el cuerpo.
- Restos de un polvo identificado químicamente como cocaína.

El segundo chico de nombre Cyril y de apellido Connolly había muerto por un disparo de la misma escopeta mientras dormía plácidamente y el último de nombre Adrian pereció por un fuerte golpe en la cabeza: traumatismo craneal grave y hemorragia masiva por aplastamiento, le cayó una viga mientras dormía.

—Según los vecinos, Bernard estaba loco. Acumulaba muchas armas y comida en un sótano porque pensaba que iba a llegar el fin del mundo —rió Wolf.

—Pues no iba mal encaminado el chico —comentó Getxa.

Era un claro caso de docefobia, o sea terror al supuesto fin del mundo. Una tontada como una catedral de grande.